



Emilio Carrere (1881-1947)

La obra de Emilio Carrere, desde su primer poemario, *Románticas*, de 1902, transita habitualmente algunos elementos medievales debido, principalmente, a la enorme influencia que tienen en sus composiciones, primero, el romanticismo y, posteriormente, las estéticas modernistas de Darío, cierto parnasianismo manuelmachadiano y el tratamiento del paisaje de autores como Unamuno o Antonio Machado. Así, en aquellos poemas recopilados en la primera parte de la antología (de sus libros *Románticas*, *El caballero de la muerte*, *Dietario sentimental* y *Nocturno de otoño*) se aúnan cierto devenir orientalista arcaizante («Zahara» o «La morisca de Valencia») con una buena dosis del medievo castellano (el Cid, Doña Jimena, los castillos de España). Años después, Emilio Carrere se aproximó a la ideología falangista y franquista e, incluso, llegó a ser nombrado cronista de Madrid. De esta época, concretamente de 1939, son «El desfile de la victoria» y «Dieciocho de julio», que aquí recogemos y en cuyas formas de expresión los ecos modernistas (que jamás abandonó el poeta, lo que acabó por traducirse en una poética reiterativa en lo formal y repetitiva en lo conceptual [Puértolas, 1986: 392-393]) sirven para trazar un panegírico en verso del levantamiento fascista, en el cual aparece el Cid, a quien el bando franquista había puesto en relación con Franco desde 1936, buscando emparejar a ambos por el rótulo de caudillo y por sus labores de «conquista»: aquel, en el imaginario franquista, expulsando a los musulmanes de España; este, expulsando a los «rojos».

El desfile de la victoria

En lo que fue otrora Fuente Castellana
y ya por los siglos será la Avenida triunfal del Caudillo
arde en las banderas y fulge en los cascos el brillo
de un sol de Victoria que incendia la clara mañana.
¡De nuevo, los arcos triunfales!
¡De nuevo, la gloria nos brinda sus frescos laureles!
¡De nuevo desbrozan rutas imperiales
los Tercios de España formados de heroicos donceles;
el yugo y las flechas en sangre bordadas

camisas azules, boinas encarnadas,
que en el mar humano de férvidas olas
son cual corazones y como amapolas!

La voz del Caudillo que encarna la Hazaña
les grita a las almas, les grita a los mundos, les grita a los astros:
¡Oíd!

¡La gesta del César de nuevo florece en España!
¡Se ha abierto el sepulcro del Cid!

¡Franco! ¡Franco! ¡Franco! –claman las legiones,
más que con las bocas con los corazones–,
y en la apoteosis de hierro y de oro
y en los ancestrales gloriosos pendones,
entre el grito cósmico que estalla sonoro,
escuchan las almas cual leve gemido
que llega cruzando celestes senderos,
la voz sin sonido
«de los que hacen guardia junto a los luceros».
Los héroes que pasan en medio de luces de gloria
llevan en el alma de los muertos héroes la sacra memoria
¡de los que con ellos plantaron jirones de Historia!
Y entre el bosque inmenso de palmas gloriosas
tras los capitanes que pasan guiando brillantes tropeles,
van las inmoladas sombras silenciosas,
que también los muertos desfilan bajo los laureles.

¡Tercios de Navarra
romántica estampa bizarra
de boinas con áureos borlones
de antaño, que encargan insignes acciones;
soldados románticos, soldados austeros
mitad paladines, mitad misioneros!
Y las divisiones
gallegas cual robles con savia de dulces morriñas
en puños de hierro fulgentes pendones
y en almas nostálgicas volar de «anduriñas».
Soldados de clásico friso, de la Extremadura,

nietos de Pizarro, que hallaron los templos paganos del Sol,
la cruz y la espada de la fabulosa aventura,
blasón y milagro del Genio español.
Debajo los arcos de rosas desfilan moriscos corceles,
y en ébano vivo de testas bruñidas, nevados turbantes,
el sol del desierto que llega en los pliegues flotantes
–espumas de mares y encajes de luna– de los alciqueles,
árabes de España
que dieron su sangre en la Hazaña
porque no olvidaron que, bajo las flores de hispánicos suelos,
su sueño de siglos duermen sus abuelos.
Y el yugo y el haz falangista:
la Patria que surge potente de nueva justicia social.
Bajo arcos de triunfo desfila el Ejército de la Reconquista
en ruta a una España imperial.

¡De nuevo los arcos triunfales y un sol de Victoria!
¡De nuevo en España sus alas de cóndor extiende la Gloria!
Pasó la contienda fraterna, preñada de horrores.
–¡Dios salve al Caudillo! –cantan los clamores
de veinte millones de hispánicos pechos unidos.
–¡El lauro y las rosas para las banderas de los vencedores
y misericordia cristiana para los vencidos!

(en diario *Madrid*, 19-V-1939; extraído de *Poesía de la Guerra Civil española. Antología (1936-1939)*, edición de Jorge Urrutia, 2006, pp. 414-416)

Dieciocho de julio

¡El dieciocho de Julio es el día del Milagro!
¡Cómo cantan las campanas en todos los campanarios!
¡Qué bien fulgen las banderas, las espadas y los cascos!
¡Qué fragancia hay en el aire de azucenas y de nardos!
Los vellones de las nubes son como corceles blancos,
y el que más brilla de todos el caballo de Santiago.
¡Que repiquen las campanas como en el Sábado Santo,
que el dieciocho de Julio es el día del Milagro,
pues con luz de profecía de los astros ha bajado
un haz de cinco claveles que son cinco sagitarios!

Estaban las aguas pútridas; los aires, emponzoñados;
se hundía, en los lodazales, el trono de San Fernando;
todas las almas de España eran como camposantos,
y Cristo en la cruz moría otra vez asesinado.
Fulgía la estrella roja con resplandores satánicos,
como un rubí desprendido de la corona del diablo,
y Moscú, la ciudad monstruo, ponía en los tabernáculos
la hostia negra en el lugar de la Hostia de trigo blanco.
¡Pero, en la noche sacrílega, de los luceros bajaron
haces de cinco claveles que son cinco sagitarios!

Murió, a la edad de los cristos, el Mártir Iluminado¹⁹⁵;
los rosales de su sangre, en jazmines se cuajaron;
su alma voló a los luceros y es ya otro lucero pálido,
y en un pórtico de Imperio su sepulcro se ha trocado.
¡Arcos de triunfo florecen entre los fúnebres ramos,
y su sombra está presente entre mirtos y entre lauros!
El dieciocho de Julio, que fue el día del Milagro,
las cruces de las espadas los paladines alzaron.
Llevaban sobre sus pechos, lucero, en rojo, bordado,
un haz con cinco claveles que son cinco sagitarios.

El dieciocho de Julio los caballeros de Franco
han forjado un romancero que vivirá cien mil años,
con hazañas como rosas en los arneses de antaño.
¡Sólo el Cid, por ser el Cid, les puede estrechar la mano!
El dieciocho de Julio, la ruta hemos recobrado;
carabelas en los mares y alas de gloria en los astros,
y veinte millones de almas alzan al cielo la mano...
—¡España una, grande y libre!, grita un clamor sobrehumano.
Y España resucitada, luce en su sangre empapado,
un haz de cinco claveles que son cinco sagitarios.

(diario *Madrid*, 18-VII-1939; extraído de *Cancionero de la guerra*,
1939, edición de José Montero Alonso, pp. 51-52)

195. Carrere se refiere a José Antonio Primo de Rivera (1903-1936), fundador de Falange.